

Seix Barral Biblioteca Formentor



Kenzaburo Oé

La bella Annabel Lee



Seix Barral Biblioteca Formentor



Kenzaburo Oé

La bella Annabel Lee

Traducción del japonés por Terao Ryukichi,
con la colaboración de Ednodio Quintero

Título original: *Rõtashi Annabel Lee sokedachitsu mimakaritsu*

© Kenzaburo Oé, 2007

© por la traducción, Terao Ryukichi, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: noviembre de 2016

ISBN: 978-84-322-2976-3

Depósito legal: B. 20.579-2016

Composición: gama, sl

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Un anciano obeso avanza con pasos apresurados, en la mano izquierda lleva una barra flexible de resina, de color rojo y de peso considerable. A su derecha camina un hombre robusto de mediana edad, también con una barra flexible, de color verde, en su mano. El anciano prefiere tener su diestra libre porque en cualquier momento deberá sostener al hombre de mediana edad, que puede perder el equilibrio a causa de la cojera de su pie. La pareja con sendas barras pasa de largo, haciendo caso omiso a los curiosos que los observan cuando se cruzan con ellos.

Al tener que dejar la natación por la arritmia que le acababan de diagnosticar, el anciano (que soy yo) se animó a acompañar a su hijo en los ejercicios para corregir su cojera, siguiendo los consejos del entrenador, que le recomendaba caminar todo lo que pudiera. Le regaló las dos barras flexibles, bastante largas, diciendo: su hijo podrá levantar el pie con naturalidad al andar apoyado en la barra, y, por otro lado, lo he visto a usted tropezar al borde de la piscina y caerse...

Mi hijo Hikari y yo solemos salir de nuestra casa, ubi-

cada sobre una colina, al ocaso, y luego descendemos por una cuesta que desemboca en un camino peatonal, poco concurrido a esas horas, que transcurre a lo largo del canal. Los paseos junto al canal, con sus viejos diques reconstruidos, están abiertos a la creciente población vecina del área residencial, construida en una zona pantanosa que estuvo abandonada durante muchos años.

Algunas personas saludan a la pareja de caminantes de las barras, una roja y la otra verde. Un día, al final de una caminata, cuando mi hijo y yo nos sentamos en un banco a descansar antes de abordar la cuesta en dirección a la colina, Hikari, que desde que empezó a hablar, y a causa de una lesión cerebral también responsable de la cojera, estaba habituado a expresarse con una formalidad similar a la de lengua escrita, me dijo:

—El estudiante que te ha dirigido la palabra antes ha dicho que te calculaba unos cien años.

—¿Le sorprendería saber que en realidad soy mucho más joven?

—Y el otro hombre te ha preguntado si todavía escribías novelas.

—Habría sido peor si me hubiera preguntado si aún estaba vivo.

—Era un señor bastante mayor.

Hace unos cuantos años, en los inicios de mi carrera como novelista, un desconocido quiso entablar conversación conmigo, me reconoció a pesar de que nunca hasta entonces había aparecido en televisión, y no pude responderle de inmediato, cohibido por el complejo de mi acento de Shikoku y mi pésima pronunciación. Sucedió en un bar al que me había llevado mi editor, y aquel indi-

viduo, interpretando mi mutismo como una ofensa, recurrió a la violencia.

En consideración a mi resistencia menguada por la edad, casi nunca ignoro a quienes me dirigen la palabra, pero cuando me abordan de repente, interrumpiendo mis reflexiones, me cuesta mucho retomar el hilo después. En momentos así me siento viejo. Nada me resulta más cómodo que responder siempre con «la verdad», para no complicar las cosas.

—Me queda un buen trecho antes de cumplir cien años. Seguiré escribiendo novelas si logro encontrar, más que temas, formas nuevas para hacerlo.

—¿Es posible que no las encuentres hasta el final?

—Sí, es posible.

—Aun así, seguirás siendo escritor...

—Sí, hasta el final.

Pero ese día me abordó una persona muy diferente. Se nos acercó desde atrás con paso decidido y, tras haber enviado a Hikari hacia un marchito matorral al margen del paseo pavimentado, me sorprendió con voz de viejo, a pesar de que a primera vista su rostro me había parecido infantil:

—*What! Are you here?*

Examiné a mi interlocutor, que, con los hombros encogidos, me hablaba en inglés británico japonizado, y enseguida supe quién era aquel sujeto inesperado. Además, recordé haberlo distinguido pocos días atrás, sin haber podido confirmarlo después a ciencia cierta, entre la multitud que nos rodeaba, observándonos con compa-

sión, en un momento en que Hikari y yo estábamos en un aprieto. Su aspecto me pareció tan cambiado y al mismo tiempo tan conservado de manera peculiar, que creí estar sufriendo una ilusión óptica.

—«¡Cómo! ¿Estás aquí?», querrás decir...

—Sabía que responderías eso. ¿Ves como ha funcionado el truco?

—Sigues igual, en muchos sentidos. ¿Cuánto hace que no nos veíamos?

—Treinta años —dijo frunciendo el entrecejo de piel blanca (igual que hace treinta años), y se quedó callado atento a mi reacción.

Luego se lanzó a hablar:

—No se me ocurrió otro modo de ponerme en contacto contigo después de haberte hecho trabajar en vano durante casi un año entero a causa de aquellos acontecimientos... No puedo serte más sincero, pero, por favor, no niegues que hice todo lo posible... Estuve a punto de envolveros, tanto a ti como a Chikashi e Hikari, en un escándalo tremendo. Goro Hanawa se suicidó muchos años después, pero hubiera sucedido algo peor en aquella ocasión, y fui yo quien os salvó, ¿no es cierto? Claro, que fui yo quien os llevó hasta el borde del precipicio...

»Una vez consumado el hecho, Sakura, la más afectada de todos, aparte de las niñas involucradas, no se cansaba de preguntar por ti, por Chikashi y por Hikari cuando la visitaba en el manicomio y la hallaba en buenas condiciones. Desde luego, me siento responsable. De Sakura también.

—Bueno, fuiste tú quien contrató a los causantes de aquel embrollo, quien eligió el equipo de la película *Michael Kohlhaas*... Tenía una beca en Ciudad de México y pude escaparme a tiempo de la zona de conflicto. Sakura

fue la víctima que tuvo que enfrentar todas las adversidades, pero tú... Todavía no tengo claro cuáles eran las responsabilidades que deberías haber asumido sobre la totalidad de lo que ocurrió.

Mi interlocutor enmudeció de nuevo. El cuello de la camisa de seda blanca le asomaba por las solapas del traje de mullido terciopelo (en una lejana ocasión había resalado la diferencia cultural que nos separaba diciendo que se trataba de un *plush*, en lugar de un *furashi*, como diríamos los de nuestra generación). Hace medio siglo, su peculiar estilo de vestir, no idéntico pero equivalente al actual, lo convertía en un personaje único en la Facultad de Artes Liberales de Komaba. Pero después, hace ya treinta años, cuando recuperé el contacto con él y estrechamos rápidamente nuestra amistad, su atuendo era el típico de un productor de cine internacional.

Así que la coherencia que percibo en su vestimenta a lo largo de los años se debe fundamentalmente a mi memoria dispersa. Pero la apariencia singular, imposible de imitar, de Tamotsu Komori borra de mi mente todas sus imágenes anteriores, salvo la actual (y la de su juventud). Ahora, los signos de la vejez y el natural declive físico son evidentes (lo mismo me sucede a mí), pero en su caso se manifiestan de manera dramática. Por ejemplo, del cuello de la camisa de seda se asoma con holgura, en lugar de un pañuelo, la piel colgante de la garganta. En contraste, la frescura del rostro y los rabillos tersos de los ojos recuerdan su aspecto a los dieciocho años. Sin embargo, al fijarme bien, me doy cuenta de que va maquillado.

—De esa totalidad a la que te refieres, podremos hablar con calma si te apetece. Ahora bien, has respondido de inmediato a mis palabras de saludo con la traducción correspondiente, como solías hacer antes. La traducción es

de Junzaburo Nishiwaki, ¿verdad? Y supongo que a continuación te viene a la mente el poema de Eliot, «Little Gidding», ¿no? Recuerdo algunos versos de la versión original. Bueno, dejemos para una ocasión más propicia saborear la traducción japonesa en tu versión favorita, en el caso de que accedas a recibirme de vez en cuando a partir de hoy.

»Por cierto, Hikari y tú acabáis de iniciar la caminata, ¿verdad? Perdona que te haya interrumpido, Hikari. («¡Pierda cuidado! —responde éste, renovando de alguna manera la simpatía que sentía por Komori hace treinta años.»)

»Gracias, te has convertido en todo un hombre. Me alegra saber que estás bien. He escuchado mucho tus discos, que conseguía en Nueva York. ¿Sabes?, Sakura logró dormirse sin medicamentos por primera vez en mucho tiempo escuchando tu música. Permíteme que os acompañe un rato, Hikari, pues me gustaría conversar largo y tendido con tu padre después de tantos años sin vernos.

2

Y comenzamos a caminar juntos. Recordaba la sensación de extrañeza que me producía Komori, no sólo en los días del campus de Komaba, sino también cuando me encontré con él, ya maduro, por primera vez después de la graduación: a pesar de su estatura aparentemente baja y de su notable delgadez, avanzaba con pasos idénticos a los míos al andar a mi lado. Pero ahora, Komori emparejaba intencionadamente sus pasos a los de Hikari, quien, blandiendo la barra flexible, avanzaba a su ritmo particular. Ésta era una de las razones por las cuales se había ganado la simpatía de mi hijo y mi esposa cuando frecuentaba nuestra casa.

Caminamos en silencio durante un buen rato. El poema de Eliot que, como ha supuesto Komori, repercutió en mi interior, dice así, según la versión de Junzaburo Nishiwaki:

*Y al fijar en su rostro melancólico
el estricto escrutinio con que desafiamos
a un desconocido en la penumbra del crepúsculo
de repente capté la mirada de algún maestro muerto*

*[...] en esos rasgos bronceados vislumbré los ojos de un
espectro familiar
íntimo e indefinible a la vez.
Y de esa manera asumí un doble papel, y grité,
y escuché la voz de otro que gritaba:
«¡Cómo! ¿Estás aquí?».
Aunque no estábamos.*

No, creo que no tuvimos ninguna relación emocional ni alguna coincidencia geográfica que nos permitiera llamarnos *nosotros* durante la friolera de treinta años.

—Supongo que mi repentina aparición os ha pillado por sorpresa. Aunque cogí el avión decidido a verte, para ti debe de haber sido un golpe inesperado...

»Por supuesto, yo no he existido para ti durante treinta años, como ese verso que dice: “Aunque no estábamos”, pero tú sí existías para mí, por más lejos que me encontrara. Después de mucho tiempo curioseé en una librería de Tokio y confirmé que tus libros están en la sección de bolsillo, aunque ya no los exhiben como novedades. He leído en el hotel tu columna, que, al parecer, se publica una vez al mes en un diario. Veo que sigues siendo un escritor activo.

»¿Sabes cómo he podido tenderte una emboscada hoy al llegar a este lugar? Pasé por tu casa, que no ha cambiado nada desde hace treinta años, a pesar de que el barrio de Seijo ha sufrido una transformación radical. Y desde luego he titubeado... (No me digas, por favor, que no estoy en condiciones de hablar en estos términos.) Aunque tú o Chikashi hubieseis atendido mi llamada, no habría sabido cómo iniciar una conversación...

»Me quedé allí plantado durante un largo rato, y en eso se me acercó una señora con un perro y me informó

de tus caminatas diarias con Hikari. ¿Ves como la gente no te ha olvidado? Le enviaré un e-mail a Sakura, diciéndole que he sido capaz de dar el primer paso.

—Te has mantenido en contacto con ella... dentro o fuera del manicomio, ¿verdad?

—Ante todo, ambos tuvimos que hacer frente al juicio. Y compartimos el equipo de abogados. Al terminar el proceso, hemos mantenido el contacto de diversas maneras... No nos hemos visto con la misma frecuencia durante estos años, claro. El año pasado le envié una tarjeta de Navidad, diciéndole que dentro de poco viajaría a Tokio. Ella me respondió y me preguntó si sería posible que te viera y conversara contigo.

»Su vida cambió drásticamente después de aquello. Para empezar, dejó de actuar por completo. Sigue en Washington, vinculada todavía a la universidad donde trabajó su difunto esposo... Su vida tranquila continúa alterada por el acontecimiento de hace treinta años, y tus últimos trabajos no son ajenos a este asunto.

»“¿Qué tengo que ver yo?”, me dirás. Las dos obras que has publicado últimamente, aunque no son para nada significativas, cayeron en manos de Sakura por azar... y le llamaron la atención. Desde hace muchos años, apadrina las investigaciones realizadas en el Departamento de Estudios Japoneses que su esposo dirigió durante su carrera profesional. Todos los años organiza una cena a la que invita a algunos investigadores procedentes de Japón, que en agradecimiento la ponen al corriente de los temas más interesantes de sus estudios.

»A fines del año pasado asistió a la cena un especialista en tus novelas, y Sakura, siempre muy cordial, lo escuchó con atención. El susodicho mostró interés por el proyecto cinematográfico que ella había intentado llevar

a cabo, y le solicitó una cita aparte para enterarse mejor. Asunto delicado. Si el hombre hubiera tenido conocimiento del suceso de hace treinta años, le habría recordado a Sakura aquello que quisiera haber borrado de su memoria.

»Sin embargo, el investigador, que hace treinta años no tendría siquiera edad para ir a la escuela, se interesó solamente por el aspecto histórico-literario de tus obras y jamás tocó ningún tema embarazoso. Sakura se limitó a contar que estuvieron a punto de filmar la película *Michael Kohlhaas* con tu guion y que ella iba a ser la protagonista. De paso le preguntó por tus recientes actividades en Tokio, y él accedió a la página web del club de tus aficionados y consiguió tus últimas publicaciones. Y aquellos regalitos le sentaron de maravilla, según me dijo Sakura. El primero era el par de poemas titulados «Canciones del recuerdo» que publicaste en una revista literaria a finales del año pasado, y el segundo, el ensayo que anexaste en noviembre de ese mismo año a la edición de bolsillo de la nueva traducción de *Lolita*.

Mientras que Hikari y yo cargábamos con sendas barras flexibles, Komori llevaba un bolso de cuero, del que sacó con destreza una revista color crema y un grueso libro de tamaño bolsillo. Recordé al joven Komori de manos hábiles de los días de Komaba.

—Aparte del e-mail, Sakura me envió los textos en un fax, pero en cuanto llegué a Tokio conseguí este número atrasado en la sede central de la revista y compré el libro en la librería. Mira, seguro que te acuerdas de la parte que golpeó el corazón de Sakura. Hace treinta años decías que te sabías de memoria cualquier texto que habías escrito, al menos durante los seis meses siguientes a su redacción.

—Ya no me acuerdo. No sé lo que te ocurre a ti, pero la decadencia intelectual a partir de los setenta para mí es devastadora... —dije. (Hikari tenía la cabeza inclinada en mi dirección.)

—Sin embargo, puedes recitar poemas de memoria, como acabas de hacer con el fragmento de Eliot. Según Sakura, en «Canciones del recuerdo» confiesas sin ambages, con crudeza, el calvario que supone la vejez... Estoy de acuerdo con ella. Sobre todo en el primer poema. Trata de recordarlo.

Lo intento. Poco a poco me viene a la mente, pues recuerdo haber hecho un par de retoques en las galeras. Seguramente, los versos que impactaron a Sakura e inspiraron simpatía a Komori son los siguientes:

*Me doy cuenta
de que estoy atravesando la vejez
huraño y solitario.
Los sentimientos negativos me resultan familiares.
No es extraño que me resista
a los elementos destructivos del mundo
acumulados durante mi siglo,
pero no puedo dejar de dudar
de la mayoría de los intentos por dismantelarlos.
Cuestionándome el valor
de mi labor imaginativa,
me inclino sobre la tierra temblorosa.*

—¿Listo? Como tu ensayo sobre *Lolita* es extenso, Sakura me dijo que te señalara el fragmento que le había fascinado. Te voy a leer la parte subrayada en el fax, que he marcado en este libro. (Con el libro abierto, Komori adelanta su pequeño rostro con las gafas de présbita de

montura plateada.) Cito: «Descubrí a los diecisiete años este poema en *Poemas de Poe* de la Selección Sogen (no niego que conocí a una niña parecida en la vida real) y copié la versión original en la biblioteca del Centro de Cultura Americana de las Fuerzas de Ocupación. Según la traducción de Konosuke Hinatsu, dice así: “En un reino del mar / nos amamos con suprema ternura / yo y mi Annabel Lee / aunque ambos éramos niños / con un amor que daría envidia a los serafines del paraíso”».

»A partir de ambos fragmentos, Sakura afirma, con respecto a “la expresión y el estilo de vida / que ciertos artistas escogen ante la muerte” que aparece en tu poema, que si sientes esa urgencia de todo corazón, ya sea por ti o por los demás, colaborarás sin duda en el último proyecto de una anciana, que nace como respuesta, bien meditada por cierto, a unos acontecimientos que tuvo que vivir, forzada por aquel terrible militar americano. De estar sufriendo el calvario de la vejez, tal como sugiere el poema, no puedes sino aceptar lo que quiere proponerte...

»Y también me pidió que, en caso de que ignoraras por completo su propuesta, te retara preguntándote si es mentira lo que escribiste acerca de Annabel Lee cuando dices: “No niego que conocí a una niña parecida en la vida real”. ¿Qué te parece?